ALEJANDRO RÍOS

Cubensis



Edición: Pablo De Cuba Soria © Logotipo de la editorial: Umberto Peña Imagen de cubierta: Waldo Saavedra

© Alejandro Ríos, 2025 Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798291843796

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.



Prólogo: El Hombre del Cine

CUANDO CRUZÓ SU épico Rubicón mexicano, Alejandro Ríos (su apellido indica un destino), llevaba dos amores consigo: del lado izquierdo, a su Esthercita, la eterna novia, la amada "móvil" de las buenas y las malas, y del derecho, un maletín con su otro tesoro: un montón de fotografías y recuerdos familiares. Esa valija se perdió al sortear la corriente caudalosa y terrible que estuvo a punto de llevárselo, y que separa no dos países sino dos mundos —*Grande* en una orilla, *Bravo* en la otra— pues el río reclamó su tributo, pero pudo decir después como aquel romano célebre de la historia: "Vine, vi, escribí y vencí".

Y estas páginas que ha reunido bajo un título que es toda una declaración de principios y de propósitos, *Cubensis*, son el testimonio de una historia de sucesivas victorias, logradas no sin dificultades y sorteando varios obstáculos. Es una epopeya de la cultura cubana y especialmente la cinematográfica, pero también es arqueología, historia y prospectiva del llamado séptimo arte en esa isla, cuya trayectoria es a la vez un melodrama y una mala película, con un guion tremebundo, unos productores incompetentes, una pésima realización, y un director (y sus herederos) totalmente enloquecidos y enfermos.

Confieso que he disfrutado intensamente cada una de las páginas de *Cubensis*: es un inmenso, pormenorizado y detallado fresco de la cultura cubana dentro y fuera de la isla, con sus más oscuros rincones y sus luminosos ventanales. Es como si una enorme y muy precisa lente fuera atravesando cada uno de los lugares donde se ha desarrollado, en medio de peligros y persecuciones, la cultura de una Cuba del futuro, enfrentada con la actual, que es un minucioso mecanismo de represión policial. Por estas páginas saltan a veces sorpresivamente personajes siniestros ya olvidados por muchos, pero

que Ríos evoca con una memoria necesaria y justiciera. De este "cajón de sastre", el autor va sacando y desempolvando mil capítulos ignorados, olvidados u ocultados cuidadosamente, y se convierte al mismo tiempo en un enorme e inagotable "baúl de las maravillas" de un abuelo sabio y memorioso.

Es difícil clasificar un libro así: ¿son crónicas? ¿es un libro de memorias? ¿se trata de evocaciones biográficas? ¿es un cuaderno de apuntes para una enciclopedia del horror? Quizás sea todo eso al mismo tiempo. Pero lo aprecio sobre todo como un testimonio documental imprescindible, el guion de un necesario largometraje —o de varios— para los cineastas futuros y presentes.

Recuerdo ahora el lejano año 1992 cuando mi guerido tocavo logró llegar a México, y armamos un Ciclo de Cine Cubano Independiente (o Censurado) nada menos que en la Universidad Nacional Autónoma de México, baluarte del llamado "pensamiento de izquierda". Para impedir nuestro proyecto, el querido amigo y medio compatriota el maestro Gonzalo Celorio Blasco, hijo de cubana y entonces poderoso Coordinador de Difusión Cultural de la UNAM, y el Director de Literatura y recién desaparecido maestro Hernán Lara Zavala (también medio cubano, por ser yucateco), recibieron las presiones de la embajada cubana en el país azteca, y especialmente del nefasto Armando Hart Dávalos, comisario de la pseudo cultura represora castrista, y al mismo tiempo que le recordaron a los enviados alguaciles antillanos que la universidad era, entre otras cosas, "autónoma" y "de México", nos propusieron aplicar un ejercicio conciliatorio democrático, "no simultáneo sino consecutivo". Recuerden que México es el país donde alguien puede decir que "eso no es lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario", y además se logra entender. El resumen fue que Hart dispuso a sus peones para exhibir un despliegue oficialista de la cultura cubana secuestrada por ellos, y nosotros posteriormente pudimos realizar nuestra muestra, que Ríos concibió, organizó y realizó estupendamente. Gracias a él, todo fue un gran éxito y significó un combate temprano en la batalla cultural por hacer que la verdad sobre Cuba se conociera en México y sobre todo en los predios universitarios, tan penetrados por los agentes castristas y sus cómplices. Al final tuve el gusto de obsequiarle al disléxico ministro un calembour que algunos aplaudieron: "Hart, hard heart" en una carta pública que logré publicar nada menos que en La Jornada, el Granma azteca.

Estas y muchas más cosas me ha hecho recordar y evocar con nostalgia y cariño el admirado y querido tocayo Ríos, un auténtico promotor de la cultura cubana por todas partes, lo mismo desde su enclave inolvidable en el *Miami Dade College* como responsable de la presencia cultural de la institución, respaldado por un nutrido y valioso equipo de colaboradores que lo adoran (me consta), y que ha irradiado por todo Miami y desparramado por los Estados Unidos, desde esta ciudad mágica que es la Capital alterna no sólo de la Otra Cuba del Futuro, sino ya de Latinoamérica.

Aunque el centro de su brújula crítica es el cine cubano, este libro de Ríos no se limita sólo a esa expresión artística. La producción fílmica nacional, producida dentro y fuera del país, la emplea de manera aguda y penetrante para analizar la historia y la actualidad de la isla. Él es, sin duda alguna, el principal estudioso y el mejor difusor de la totalidad del cine cubano, y desde sus distintas tribunas, que han sido la prensa escrita pero también los medios televisivos, no sólo desde *La Mirada Indiscreta*, el popular programa de la televisión de Miami, sino aún desde mucho antes, cuando en medio de las difíciles circunstancias de la censura y la vigilancia policíaca pudo sortear con habilidad y desgranando puntuales y sutiles sarcasmos en la misma pantalla chica cubana, con programas como "Entre Nosotros", donde realizó entrevistas a personalidades tan postergadas como Dulce María Loynaz, en la que creo fue la primera aparición de la poetisa en los medios audiovisuales insulares.

Alejandro Ríos es hoy, de modo indisputable, *El Hombre del Cine Cubano*, pues nadie ha hecho más ni mejor por la difusión de ese arte en litigio, abriendo espacios, difundiendo los nuevos autores y las obras recientes como no hace —ni puede hacer— nadie en la isla.

Quizás debo discrepar sólo en algo que confiesa el tocayo en su libro: no creo que fuera un "error" el regreso de sus padres a la isla en 1962, pues si no hubiera sido por eso, quizás hoy no podríamos contar con él en esa primera fila de batalla para difundir, defender y posicionar el cine cubano en el mundo. Dicho en otras palabras, si ya no existiera Alejandro Ríos, habría que inventarlo. Ojalá él me disculpe esta "mirada indiscreta" que me atrevo a lanzar en su historia personal...Pero añado que, en una nueva Cuba democrática y soberana, Ríos podría ser el idóneo Director de una Cinemateca Nacional realmente libre y abierta al mundo y al arte insular.

La riqueza y diversidad temática reunida en Cubensis seguramente será consignada en el índice del volumen, pero sólo para brindar una probadita a los lectores como un "tentempié" propiciador, enlisto algunos de los lugares, personajes, obras y situaciones que reúne: amigos entrañables como el huracanado Arturo Cuenca o el inolvidable "Corito", grandes maestros como Doña Carmen Herrera y Don Aurelio de La Vega, valerosos y emprendedores cineastas como Lilo Vilaplana, rincones como los restaurantes del Barrio Gótico barcelonés, siglas con tanta significación cinematográfica como PM y 8-A, los casos ambos "de película" de Heberto Padilla y Marquitos, el "otro" Floridita, cintas paradigmáticas como Alicia en el pueblo de Maravillas o Juan de los Muertos, la larga historia de las censuras en la cultura cubana y especialmente su cine, páginas dedicadas a los héroes de la Brigada 2506, apuntes sobre La Nueva Trova y la Cinemateca de Cuba, protagonistas brillantes y personajillos oscuros (algunos no merecen siquiera que los nombre y quedan en el piadoso silencio)... Todo pasa ante la mirada inquisitiva de Ríos, quien deja testimonio escrito de ello, y es microscopio, telescopio y caleidoscopio al mismo tiempo, en un asombroso prodigio óptico, porque integra la visión puntual, panorámica y múltiple al unísono.

Por eso, celebremos con la lectura agradecida este volumen que empezó a escribirse cuando en una noche tenebrosa, Alejandro Ríos se lanzó al torrente caudaloso llevando de una mano a su Esthercita, y de la otra la maleta cargada de recuerdos. No importa que la corriente lograra llevarse la preciosa valija, porque después de triunfar de las aguas, como un nuevo Moisés renacido, puso pie en tierra de libertad para poder hacer por fin su obra grande, consagrada con su dedicación ejemplar al cine y a la cultura cubana. Así, pues, con toda razón, y retomando el principio, pudo decir: "Vine, vi, escribí y vencí".

¡Salve, Tocayo!

ALEJANDRO G. ACOSTA

Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM

Umbral

UBENSIS ES UNA selección de columnas publicadas semanalmente en Cubanet, entre los años 2021 y 2024. Privilegio que mucho disfruté, sobre todo por la atención que le dispensaron lectores de la isla.

Aunque nada cubano me es ajeno, estoy convencido que en las expresiones culturales es donde habita la posibilidad de salvaguardar los valores perdurables de la nación. Por eso hago énfasis en temas relativos al cine, el teatro, las artes plásticas, viajes, mitos vivientes obliterados por el castrismo y la infatigable batalla por la libertad, donde también figura, de modo prominente, la faena artística y literaria derivada de tal ansiedad.

En el año 2017 publiqué mi primera compilación de columnas, *La mirada indiscreta*, que aparecieron originalmente en *El Nuevo Herald*. Traigo a colación lo que escribí entonces en la introducción del libro y se aviene a los textos reunidos en Cubensis, así como a mi perseverancia de comunicador:

"Pienso que la accidentada aventura cubana necesita de todas las historias posibles para que la verdad —concepto abierto y exploratorio a mí entender— no siga secuestrada por unos patanes que se han creído dueños de nuestros destinos. He disfrutado mucho llamando las cosas por su nombre, sin eufemismos, porque una rosa es una rosa, pero una dictadura es una dictadura".

Para futuras generaciones algunas viñetas incluidas en *Cubensis* pudieran ser interpretadas como absurdas. Otras, tal vez tristes o hasta humorísticas. Es conveniente, sin embargo, dejarlas asentadas en cuanto recurso tangible o plataforma virtual ofrezca esa contingencia. Bastante hemos lidiado, durante años, con una casta intelectual nacional y de otros países cómplice de la desazón, tratando de convencer a los incautos que la revolución cubana fue un

proceso legitimo descarrilado por el enemigo imperialista y que el socialismo sigue siendo la esperanza de futuro y no una superstición filosófica inalcanzable y malévola.

La palabra *cubensis*, es un término científico que identifica a la fauna y la naturaleza proveniente de Cuba, aunque también puede derivar a la especulación sentimental y cultural, como es el caso de esta colección de columnas.

8-A: la revolución se devora a sus hijos

AY CAPÍTULOS DE su disparatada y represiva historia que el castrismo preferiría borrar de la memoria colectiva. Como si nunca hubieran acontecido. De hecho, no figuran en los aburridos ciclos de efemérides y noticias porque no tienen aristas triunfalistas que puedan ser aprovechadas.

Casi todos esos hechos respondían a planes diseñados, de modo siniestro, por el voluntarioso dictador Fidel Castro, quien fue lo suficientemente presuntuoso como para colocar la llamada opinión pública entre los enemigos de su revolución.

El glorioso éxodo del Mariel no ostenta filmografía en el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), más allá de los noticieros que dirigiera personalmente Santiago Álvarez para mancillar a los refugiados de la embajada del Perú.

Los actos de repudio y la ominosa manera en que fueron maltratados quienes aprovechaban la oportunidad única para escapar de ese infierno, sólo fue ampliamente conocida y expuesta cuando las víctimas arribaron a puerto seguro.

Mariel es un capítulo de éxito para quienes lograron ser parte del éxodo, a la vez que reveló públicamente la naturaleza innoble y violenta de la dictadura con miles de cubanos que hasta 1980 la habían apoyado.

En 1971, el caso Padilla fue un parteaguas para la intelectualidad internacional cómplice de Castro y sus desatinos. Por suerte, en su afán por aterrorizar a la clase cultural cubana, el juicio alucinante de autoinculpación del poeta fue minuciosamente filmado, como una suerte de "reality show" y hoy gira por el mundo, que a veces no sale de su asombro, en forma de documental realizado por Pavel Giroud. Teatralidad estalinista y miedo se dan cita en las impactantes imágenes de *El caso Padilla*.

Afortunadamente el poeta de *Fuera del juego* no murió en un campo de trabajo, como otros de su misma condición en la otrora Unión Soviética, sino que terminó sus días en el exilio americano.

18 años después del affaire Padilla, en el verano de 1989, cuando ya incluso algunos de los intelectuales alejados de su admirada revolución habían vuelto a comulgar con sus designios, el castrismo volvió por sus fueros con la llamada causa número 1, donde un general considerado héroe nacional y sus cómplices, terminaron juzgados por narcotráfico durante un juicio que no solo fue grabado y editado, minuciosamente, para consumo de la nomenclatura gobernante, sino transmitido para todo el pueblo mediante resúmenes en la televisión nacional.

En 1993, el legendario director Orlando Jiménez Leal, protagonista del primer incidente de censura en el ámbito cultural instigado por el régimen —la prohibición del documental *PM*—, tuvo acceso a los videos transmitidos por la televisión cubana sobre el perverso juicio a los militares, con los cuales realizó el documental 8-A.

Jiménez Leal recrea dramáticamente la "fiesta" donde se conspiró para sustituir a los Castros, debido a su notable incapacidad de salvar al país del abismo económico y social a donde lo habían arrastrado sin piedad.

El caso también fue la manera radical empleada para limpiar la imagen de los hermanos Castro supuestamente ajenos a los negocios de sus servidores más cercanos con Pablo Escobar.

En el filme figuran, asimismo, las macabras vistas del juicio donde los principales acusados se auto inculpan, otros lloran o tiemblan y, cada vez que se presenta la oportunidad, mienten o se sacuden la tenebrosa condena a muerte que pende sobre sus destinos, mediante el chivatazo abierto, sin escrúpulos.

Se trata de un importante documental al cual habrá que regresar para ver, en vivo, sin filtros, el accionar del totalitarismo anunciado en las imágenes que Riccardo Vega incluyó en su filme *Fiel Castro* (2011) sobre el juicio de delación a Marquitos del caso Humboldt 7 en 1964. Causan pavor las entrevistas al pueblo en la calle donde la mayoría aboga por el fusilamiento de Ochoa y sus adláteres.

Para desacreditar al "heroico" general en desgracia, el ministro de las fuerzas armadas lo califica de parlanchín, mientras Fidel Castro confiesa que ha estado ausente del gobierno del país por todo un año, atendiendo las necesidades y estrategias de la guerra en África, entre las cuales figuran el envío sistemático de caramelos y chocolates para los soldados.

Orlando Jiménez Leal afirmó en una entrevista con referencia a Ochoa que era la segunda vez que el castrismo se ponía en evidencia con aquel juicio amañado. El otro fue el caso Padilla "de una torpeza muy grave".

El Floridita como laboratorio para una Cuba futura

ADA FIN DE semana solemos comer en El Floridita, un restaurante, donde Miguel, el anfitrión, nos recibe como familia y hasta nos muestra la cocina impoluta donde los dueños —afable matrimonio cubano—, han comprado una máquina española que fabrica las mejores croquetas de la ciudad.

Raúl siempre se ocupa de nuestro servicio y en lo que ordenamos y esperamos la comida, conversamos sobre la pintoresca actualidad política, tanto local como nacional y compartimos anécdotas, generalmente humorísticas, del sainete que debimos sobrevivir en la isla, antes de dejarla atrás para siempre.

La atención y prestancia de todos los empleados de El Floridita, mayoritariamente cubanos, es la demostración fehaciente de una impostergable reconstrucción, cuando la isla alcance la añorada independencia.

El restaurante es como una suerte de laboratorio, para la viabilidad real del futuro de la isla, cuando se desempercuda la hostilidad de la miseria que enajena a mis compatriotas. La experiencia, el gusto al servir, la excelencia, la elección atinada de los productos para preparar la comida sana y deliciosa, son sólo algunas de las circunstancias que hacen de El Floridita un sitio excepcional.

Miguel nos cuenta que llegan vendedores con sus ofertas específicas para restaurantes, como corresponde al mercado libre y abierto en perpetua competencia y, en ocasiones, no suelen pasar la prueba de calidad que requiere el sitio. Son muy celosos de los platos que se elaboran para su fiel clientela.

En el interín Raúl nos refiere un recuerdo tragicómico de la infancia cuando en cierta ocasión tuvo la suerte de comer con su abuela en Las Ruinas, afamado restaurante del Parque Lenin en las afueras de La Habana.

Nos dice que tiene viva la imagen de la abuela, con una lata de galletas semi escondida en su falda, donde iba depositando la mantequilla que les "tocaba", durante la comida, para llevársela a la casa y como, por accidente, el recipiente se le cae y empieza a rodar con el sonido metálico característico, por uno de los pasillos del restaurante, en lo que todos miran avergonzados y temerosos porque el hecho revela una de las tantas absurdas prohibiciones gastronómicas del régimen.

Parece un gag de Buster Keaton, pero era parte de la misma realidad disfuncional que luego reproduce atinadamente la película Alicia en el pueblo de Maravillas, donde unos comensales tratan de lidiar con sus espaguetis mediante cubiertos encadenados a las mesas, para que no sean hurtados.

Poder narrar un instante del disparate nacional a la distancia, desde el sosegado restaurante de Miami. Reírse de la impronta kafkiana del castrismo es un exorcismo que se agradece.

En El Floridita hemos celebrado cumpleaños gloriosos de parientes que ya no están con nosotros y disfrutaron los últimos años de sus vidas con el confort y la satisfacción que los eludió durante la rabia castrista. Allí se han venerado éxitos académicos de hijos nacidos y criados en libertad y otras conquistas familiares.

Es el sitio donde me encuentro, cada cierto tiempo, con uno de los héroes de la Brigada 2506, Jorge Gutiérrez, llamado Sheriff por sus coterráneos.

Ese hombre gentil que almuerza junto a su hija y le gusta conversar lo conozco desde que protagonizara uno de los documentales realizados por el Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo, donde muestra la herida de bala en pleno pecho que casi le arranca la vida a los 23 años, cuando abandonó sus estudios de Derecho en la Universidad de La Habana para luchar contra el comunismo en su país como parte del equipo de infiltración que antecedió la invasión de Bahía de Cochinos.

Cuando lo apresaron moribundo y casi no lo curan a no ser por un galeno militar con dignidad, lo condenaron a muerte. Luego le conmutaron la pena a treinta años en las más tenebrosas condiciones del presidio político y finalmente fue liberado luego de cumplir 18 años en aquellas mazmorras. El Sheriff me obsequia un bolígrafo que atesoro donde se puede leer "Brigada de Asalto 2506, Team de Infiltración, 1961".

No hay rencor en su mirada. Sabe que la libertad pendiente en la isla entrañable de sus quimeras, se ha trasladado eventualmente a la felicidad que le depara un sitio apacible como El Floridita, donde parece sentirse satisfecho del éxito ostensible de sus compatriotas, para quienes un día luchó con las armas en la mano.

A propósito de Edgar Allan Poe

A NUEVA PELÍCULA The Pale Blue Eye que presenta a Edgar Allan Poe como recluta de excepcional inteligencia en la Academia de West Point, ayudando a un investigador privado en la solución de crímenes misteriosos, me trajo cierto recuerdo que guardo de La Habana incierta entre finales de los años sesenta y comienzos de la década siguiente.

Estoy en la librería "Vietnam Heroico", de la calle San Rafael, haciendo cola para comprar la edición nacional de la única novela terminada, precisamente, por el escritor americano Poe: *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*.

Durante esa misma jornada reparé en otro libro de tapa amarilla que los lectores se llevaban con entusiasmo y también lo adquirí. Era la edición de *Cien años de soledad*, publicada por Casa de las Américas.

Creo que tal apego y curiosidad por hechos de cultura me mantuvieron cuerdo en aquella sociedad disparatada y sin destino, donde se hacía cola por libros nuevos a la vez que el régimen se tomaba la atribución de prohibir aquellos autores inconvenientes para su dogma.

Pero no solo eran títulos llegados clandestinamente de ultramar, como las novelas de Guillermo Cabrera Infante, los que resultaban anatema para el régimen, sino algunos libros publicados por las propias editoriales nacionales que luego resultaron "errores" de profesionales equivocados o provocadores subrepticios.

Así sucedió con la aparición bajo el sello de "Huracán" de una trilogía firmada por el autor rumano Panait Istrati. Si mal no recuerdo se imprimieron *Kyra Kyralina* y *Codine* pero el tercer tomo nunca salió.

La jugada del editor para incluir el libro en la producción de la Editorial Arte y Literatura fue brillante porque Istrati había sido de filiación comunista, muy ligado a otros escritores franceses admiradores de Stalin, aunque luego manifestara alguna desilusión al conocer sus crímenes.

El pecado de Istrati para la censura cubana, sin embargo, no era de tipo político, sino de índole sexual, porque fue el primer autor rumano en incluir a un personaje homosexual en su novelística.

Hubo un tiempo breve, en los inicios de la dictadura, donde incluso sus más fieles adláteres intelectuales creyeron que la experiencia cubana iba ser diferente a otros comunismos y trataron de practicar la libertad de expresión.

De tal modo, Ambrosio Fornet inauguró la elegante y reveladora colección de libros de bolsillo "Cocuyo" con la novela corta *Un día en la vida de Iván Denisovich*, donde el protagonista agoniza en el gulag estalinista.

No se formó alharaca con el libro, porque todavía el castrismo no había cerrado filas como satélite de la Unión Soviética, al menos en términos culturales, pero cuando Alexander Solzhenitsyn cayó en desgracia definitivamente por su grandiosa literatura antitotalitaria, el título publicado por "Cocuyo", casi seguro diseñado por Raúl Martínez, pasó a formar parte de la bibliografía prohibida por el régimen.

En el Instituto Cubano del Libro —donde trabajé por algunos años—, recuerdo haber visto una hermosa edición española de *Archipiélago Gulag*, estremecedora novela testimonio de Solzhenitsyn, en la oficina del director Rolando Rodríguez, quien luego se decantaría como el más fiel de los historiadores oficiales de la dictadura.

Tanto él, como Alfredo Guevara, Nicolás Guillén, Armando Hart, Roberto Fernández Retamar y otros representantes de la nomenclatura cultural si tenían acceso a noticias, libros o películas vedados incluso a servidores de menor categoría.

No pocos de los escritores, sobre todo europeos que Fornet incluyó en "Cocuyo" después fueron distanciándose del otrora admirado castrismo, luego del llamado Caso Padilla y fue así como también engrosaron las nóminas de autores prohibidos en Cuba.

Tanto Heberto Padilla como Delfín Prats, a quien le otorgaron el Premio Nacional de Literatura, así como Reinaldo Arenas, Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Norberto Fuentes, Lina de Feria, Eduardo Heras León y otros autores nacionales, también sufrieron los avatares de la policía política, que debía garantizar resultados de concursos literarios sin conflictos "ideológicos utilizados por el enemigo", así como evitar que fueran publicados y elogiados en otros países.

Índice

Prólogo: El hombre del Cine [por Alejandro G. Acosta] / 9
Umbral / 13
8-A: la revolución se devora a sus hijos / 15
El Floridita como laboratorio para una Cuba futura / 18
A propósito de Edgar Allan Poe / 21
Apuntes sobre la ordalía cubana en nuevo libro de Alfredo Triff / 24
Arturo Cuenca: duende maldito / 27
Barcelona: Chef cubano que cocina como catalán / 30
El Big Bang de Baruj Salinas / 32
Cubanoamericano Bill Teck dilucida al músico Stevie Van Zandt / 34
Carmen Herrera / 37
Radu Jude y el cine postcomunista / 40
Revolución y tortura a propósito de la película Simón / 43
El colapso cubano sin nombre ni apellido / 46
Corito, el viejo Jotavich y los demonios / 49
Dalia y la nobleza / 52

El daltonismo de Danny Glover / 55

La deportación como válvula de escape / 57

Desafectos y colaboradores / 59

Distracciones de la dictadura / 61

El caso Padilla / 63

La falta de comida no es cinematográfica / 65

Siempre hay una oreja que te oye / 68

El reguetón es la nueva canción protesta / 71

En el cine cubano no se pasa hambre / 74

Esta es tu casa Fidel / 77

Elvis: estampas del Rey y un furioso bufón / 80

La Cuba imaginaria en Facebook / 83

Fugarse, he ahí la cuestión / 86

Los Beatles, tabla de salvación para mi generación / 88

Los judíos y el insospechado "holocausto" verde olivo / 91

La indiferencia de las víctimas / 94

La insolidaridad extranjera con la oposición cultural cubana / 97

Vigencia de Juan de los muertos / 100

Agobiados marginales de la dictadura cubana / 103

Entre el rigor intelectual de Kundera y Amaury Pérez transfigurado en Liza Minnelli / 106

Premisas de la burguesía fidelista / 109

Tentaciones de la carne de res en el cine cubano / 112

La inapetencia del cine de la revolución / 115

La vida sigue igual / 118

La zona de interés: exterminio a fuego lento / 120

Lenin en Seattle / 123

León Ichaso por siempre / 126

Documental Let it be finalmente remasterizado / 129

Los represores no serán eximidos / 132

Regreso a la Hialeah de mi infancia / 135

El Movimiento San Isidro y el marginalismo / 138

Sergio Giral y María Antonia / 141

Medio siglo del restaurante Versailles / 144

La importancia de llamarse Meme Solís / 146

No hay dulce para todos / 149

La cocina como diversionismo ideológico / 152

Inmortalidad de Antonia Eiriz en la obra teatral *Papier Maché* / 155

Andar París / 158

Patrocinio como supervivencia / 161

Premoniciones de libertad / 163

Rafaella Carrá in memoriam / 165

Raúl Rivero, poeta / 168

Reflexión sobre un día glorioso / 171

Revolver: nada Beatle me es ajeno / 174

Elogio del amor: Roberto Carlos en Miami / 177

La mordaza original: "palabras a los intelectuales" / 180

Símbolos para la resistencia cubana / 183

El trueno y el viento, documental sobre Pedro Luis Ferrer / 186

El sueño de la izquierda engendra monstruos / 189

Sufrir callado para no dañar la dictadura / 192

El engendro turístico cubano / 195

Llegué a pensar que Umberto Peña era inmortal / 198

Documental Veritas o la verdad de una hazaña / 201

Valor de vivir y morir en libertad / 204

Miles de cubanos se aprestan a votar / 207

Memorias de la Sierra, una historia de amor rebelde / 209

Landrián de paria a clásico / 213

Rosita Fornés: intimidad de una estrella / 216

En Barcelona con Juan Abreu / 219

Maestro Morricone / 221

Three Dog Night, mensajeros de la libertad / 224

Los maricones van al cielo / 226

La Diva y el olvido injusto / 229

Encuentro con Humberto Castro / 232

Willy Chirino: leyenda del exilio / 234

Sórdida tropical: la "dolce vita" criolla / 237